

Eliel David "Muri e Volpi" Arte & Rebelión





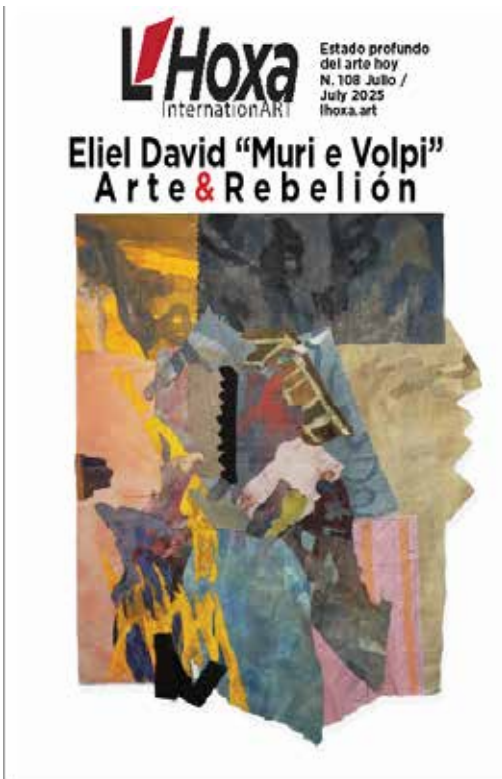
Eliel David
“Muri e Volpi” (Muros y zorros)
Arte & Rebelión

Revista L'Hoxa. N. 108
Julio 2025

Editores:
Rolando Castellón / Costa
Rica-Nicaragua
Peter Foley / Estados
Unidos
Melissa Panages /
Estados Unidos
LFQ / Costa Rica
Diseño Gráfico LFQ
Fotografías de
la artista

L'Hoxa N.108
July 2025

Editors:
Rolando Castellón / Costa
Rica-Nicaragua
Peter Foley / United
States
Melissa Panages / United
States
LFQ / Costa Rica
Graphic Design LFQ
Photos courtesy of the
artist.
Photographs by the artist
Follow us on the web
archive: lhoxa.art
All rights reserved



Cubierta Hoxa 1008

Eliel David: “Muri e Volpi” Arte & Rebelión

Explorar el arte de este joven artista oaxaqueño Eliel David, de extensa trayectoria como es el territorio de Mesoamérica, caminado a diario, despierta los poros de la piel al experimentar un extrañamiento hacia nuestra cultura, naturaleza e historia; una nostalgia quizás por lo que desgasta el devenir, pero también resuello que encabrita en reacción a los trajines de los cientos de miles de migrantes que recorren este suelo del antiguo Abya Yala, como fue llamado el continente antes de la conquista.

Colores para descolonizar el arte

Amarillo ocre del elote, verde ocre de la tusa, sepia de los pelos del maíz amarillo, rojo, naranja, siena natural o café tostado, beige, ocre de las yuquillas del cúrcuma, el color del polen que persigue el colibrí y la flor de la calabaza, la canela, el maíz negro o azul y tortillas gris-violáceas. Son los colores de la gastronomía mesoamericana en “El tianguis” de Tlacolula, mercado indígena con vendedores de comunidades de la Sierra Norte, Sierra Mixe y hasta del Istmo de Tehuantepec. Ni qué decir de las lomas verdes de San Agustín Etla o Teouacán del Valle. Refiero al color de la piel de la mujer y el hombre de esta región, y hasta la muxe de finos atuendos y atavismos. Color y olor a humo, a leña, a fuego, cercanía humana de los comensales de nuestros mercados, son identidad de esta gran región

mexicana. El mole negro, mole rojo, la rosa de Jamaica o el ámbar del mezcal. El color de la berenjena, del caldo de cecina, identidad local como son los migrantes de esta tierra que suben y bajan a diario buscando un sol que les caliente mejor.

Arte político

Cuando la abstracción se vuelve arte político es porque desdoblan las paradojas y contradicciones que también tenemos. Y me refiero a esto en tanto fue el tema de su reciente muestra “Muro y zorros” en la Galería Wizard de Milán. El abordaje de las migraciones en el arte es un buen punto para comenzar a explorar la pintura de este mexicano radicado en Venecia, Eliel David, nacido en 1998 en Miguel Hidalgo Municipio de San Antonio Huitepec.

En tanto es un tema público enerva nuestras reacciones tan sólo con mencionarlo: percatarnos del tratamiento que dan hoy a los cientos de miles de centroamericanos, venezolanos, colombianos y del resto del continente que cruzan la frontera de los Estados Unidos, con energías para traspasar estuarios y desiertos repelidos por los perros guardianes de Trump: perseguidos, doblegados, maltratados, ninguneados, sumidos en cárceles invivibles en San Salvador de El Salvador, o la nueva “Alcatraz de los cocodrilos” en La Florida, que no tensa hilos de púas sino colmillos para descarnar a quienes intentan la fuga. Hoy en día están violando la naturaleza intrínseca del morador mesoamericano, descendientes de la gran Aztlán, patria de los padres aztecas o mexicas, quienes subían y bajaban este continente de Norte a Sur, o que

navegaban sus océanos, mares, archipiélagos atravesando estos istmos de Este a Oeste.

La patria del ancestro

Abordaje que me evoca las palabras del historiador de arte chicano el doctor Tomás Ybarra-Frausto (ya fallecido) curador de arte latinoamericano de la Fundación Rockefeller de Nueva York, quien en 1994, para la inauguración de la gran muestra Ante América curada por Carolina Ponce, Rachel Weiss y Gerardo Mosquera, con que se abrió el Museo de Arte y Diseño Contemporáneo en Costa Rica, develó en su conferencia de apertura que la Aztlán distaba en tiempos inmemoriales de California a Panamá, que sus territorios eran traspasados o navegados por estos pueblos en sus inicios nómadas.

De manera que no vamos a detener esa actitud pulsional y heredad del morador de este continente que lo empuja a buscar un sol que caliente mejor, una mejor tierra de abundante humus para el maíz y la calabaza, abundancia de agua y dones que nos da la madre dadora o parturienta que llamamos Pachamama, la cual habita la cueva o útero del mundo bajo las cordilleras y arboledas que atraviesan su cartografía terrosa como la pintura de Eliel David.

Se recuerda en la cosmovisión originaria de este territorio que los indígenas la simbolizaron con una espiral de paso continuo, como una serpiente enroscada en su mismo trazo y presta a lanzar la ponzoña, cuando se le agrede, como ocurre hoy, y de tan deplorables crecidas, deslaves, climas, huracanes, sequías, terremotos, calentamiento.

Materialidad testimonial

Aztlán, tierra rodeada de agua. Líquido que abunda en el planeta, islas, islarios, archipiélagos, frutos del mar y del suelo, conchas (que me evoca el cero en la numerología maya) y caparazones de moluscos, la piedra dura del Cosmos, materias del arte de todos los tiempos pero sin tiempo, en tanto el artista vive una no temporalidad, pues acaso es más rizomática o fractal, más emocional, pulsional, y que no se deja amedrentar por esos juegos del poder neohegemónico y filibustero, disfrazado de vendedor de tecnología y comida chatarra.

Un nuevo sol

Sol que calienta luego de la fría madrugada mojada por las aguas a atravesar. Sol que ilumina la jornada del migrante y trabajador de este territorio “por unos dólares más”. Todos, compatriotas, caminantes que poseen un color diferente, pero nuestro, un timbre diverso, pero audible y portador de nuestras jergas nacionales y lenguas vernáculos, un aroma a crujiente tortilla recién amasada y azada, o el chocolate de grano sagrado de los mayas, náhuatl, mexicas, olmecas, zapotecas, mistecas, toltecas, para un desayuno que nos recarga de bríos cuando lo agita el molinillo en el cuenco de barro, o en el jícaro. Todos estos son los colores de Eliel; los aromas de la sopa de maíz o pozole, del atole, guacamole, de la horchata con trozos de fruta y nueces del mercado gastronómico de Oaxaca; de los sabores del mole hecho con un pimientito molido en el metate de piedra junto con granos de cacao y otras especies; de la tortilla para las mamelas y las enormes tlayudas, texturas del cacahuete y otras nueces.

Abstracción orgánica como lenguaje

El arte de Eliel, en su mayoría abstracto, es el que más me ancla a externar este comentario, me mueve a sentirlo porque revive la sonoridad del hervor de las aguas minerales en “Hierve el agua” en las alturas de la Sierra Madre Occidental, con cuyo sarro se auto-esculpen sinuosas cataratas en el acantilado.

Me evoca el color de la piedra molejón con que los zapotecos construyeron Monte Albán ciudad cúspide aledaña a Oaxaca y que la resguarda, entonando la sinfonía a la armonía de las relaciones de la proporcionalidad o geometría sacra, de la puerta del No tiempo, del NO espacio, donde se traspasa la dimensión del cosmos allá en Midtla, puerta a la armonía que avistaron las culturas de Mesoamérica, aportando la plenitud algebraica donde cada ecuación se vuelve canto a la plenitud, poética de la abstracción que está en las estratificaciones terrestres y que reinventaron nuestros pueblos originarios. No fue Malevich o El Lissitzky, Riedvel ni Mondrián, fueron nuestros tejedores y textileros de los pueblos originarios anteriores a la colonización y a los constructores de plazas, templos y pirámides quienes inventaron esta gramática del lenguaje primordial y metáfora en la cual nos sume este joven Eliel con su pintura.

Carácter de jerga simbólica

Pero la abstracción de Eliel no es nada geométrica, son hojas de plantas y el gran árbol sagrado, de la Ceiba pentandra, yuxtapuestas o sobrepuestas componiendo flujos de luz y color, reafirmado por trazos retorcidos como estructuras toroidales fragmentados y desmenuzados como hebras de pigmento negro rotas para reafir-

mar su potencia, sin dejar de apreciar la tectónica de los terrenos, el vuelo del águila y las aguas purificadoras. Me anclan a comentar sus propuestas tridimensionales esculturas blandas abstractas de telas superpuestas, espacios violados por los coyotes y muros de la desidia plantados en el camino de la búsqueda inmemorial de nuestros pueblos, buscándose a sí mismos al rastrear sus orígenes. Y volviendo a los migrantes, no podemos dejar de tener presentes en esta ojeada al imaginario simbólico y bestiarío marino que trajeron los pueblos huave mero icoot, que se asentaron en el istmo de Tehuantepec, luego de migrar de las remotas selvas de Nicaragua y la Gran Nicoya en la frontera Sur mesoamericana. (<https://www.gob.mx/inpi/articulos/etnografia-del-pueblo-huave-mero-ikooc>). En tanto otros pueblos desplazaban en el Siglo IX y X del centro de México para poblar esa gran región, el Guanacaste en Costa Rica, el Valle del jícaro, llevando la cerámica policroma, la figura de Quetzalcóatl, la orfebrería en oro, las piedras como el jade, pero también el hueso humano y de seres marinos en su indumentaria ritual y ceremonial.

Para concluir

Volviendo a la cromática de Eliel, y con esto cierro esta lectura o reflexión sobre su arte, digo que me evoca el color del barro, de las arcillas, de las tierras que cuecen a alta temperatura en los hornos contruidos con técnicas ancestrales.

Esa cromática me recuerda al sabor de las aguas de café con coco de Güilapán de Guerrero, o las nieves del fruto de la tuna con arroz quemado de la plaza La Soledad o



Eliel David Martínez, en su estudio.

de la entrada de Mídtla.

Todo es color, todo es sabor, todo es olor, todo entra por los ojos y se vuelven teorías de la percepción, gestáltica, pintura, escultura, instalaciones con telas, hilos, telares, cuerpos líquidos como el pensamiento actual que gravita con el viento, que aparece o desaparece como las flores del alba y su transparencia al subir el sol. Todo esto es el arte de Eliel David Martínez de una Mesoamérica traspasada por la creatividad y emocionalidad de hijos, nietos, bisnietos, tataranietos del tiempo y de esta heredad terráquea rodeada de agua: Az-tlan (la fundacional, como la dibujó el tlacuilo del códice Volturini), con volcanes, lagos, estuarios y/o lagunas en cuyas selvas yergue la tuna y el águila se posa con una víbora atrapada por el filo de sus garras.

LFQ. Julio 2025

Eliel David: “Muri e Volpi” Art & Rebellion

Exploring the art of this young Oaxacan artist, Eliel David, with a long career spanning the territory of Mesoamerica, a journey he walks daily, awakens the pores of the skin as he experiences a strangeness toward our culture, nature, and history; a nostalgia perhaps for the weariness of the future, but also a rearing breath in reaction to the hustle and bustle of the hundreds of thousands of migrants who travel this land of the ancient Abya Yala, as the continent was called before the conquest.

Colors to Decolonize Art

The ochre yellow of the corncob, the ochre green of the corncob, the sepia of the corn silk: yellow, red, orange, natural sienna or roasted brown, beige, the ochre of the turmeric yuquillas, the color of the pollen chased by the hummingbird and the squash blossom, cinnamon, black or blue corn, and gray-violet tortillas. These are the colors of Mesoamerican cuisine at “El tianguis” in Tlacolula, an indigenous market with vendors from communities in the Sierra Norte, the Sierra Mixe, and even the Isthmus of Tehuantepec. Not to mention the green hills of San Agustín Etla or Teouacán del Valle. I’m referring to the skin color of the women and men of this region, and even the muxe of fine attire and atavisms. The color

and smell of smoke, firewood, and fire, the human closeness of the diners in our markets, are the identity of this great Mexican region. Black mole, red mole, Jamaican rose, or the amber of mezcal. The color of eggplant, of cecina broth, a local identity like the migrants of this land who travel up and down daily in search of a better sun.

Political Art

When abstraction becomes political art, it's because it unfolds the paradoxes and contradictions we also have. I'm referring to this because it was the subject of his recent exhibition "Muro y zorros" at the Wizard Gallery in Milan. The approach to migration in art is a good place to begin exploring the painting of this Mexican artist based in Venice, Eliel David, born in 1998 in Miguel Hidalgo, Municipality of San Antonio Huitepec. As a public issue, the mere mention of it enervates our reactions: realizing the treatment given today to the hundreds of thousands of Central Americans, Venezuelans, Colombians, and people from the rest of the continent who cross the United States border, energetically trying to cross estuaries and deserts, repelled by Trump's guard dogs: persecuted, subdued, mistreated, ignored, trapped in unlivable prisons in San Salvador, El Salvador, or the new "Alcatraz of the crocodiles" in Florida, which does not stretch barbed wires but fangs to despoil those who attempt to escape.

Today, they are violating the intrinsic nature of the Mesoamerican inhabitant, descendants of the great Aztlán, homeland of the Aztec or Mexica ancestors, who ascended and descended this continent from North to

South, or who navigated its oceans, seas, and archipelagos, crossing these isthmuses from East to West.

The Ancestor's Homeland

This approach evokes for me the words of Chicano art historian Dr. Tomás Ybarra-Frausto (now deceased), curator of Latin American art at the Rockefeller Foundation in New York. In 1994, for the opening of the major exhibition *Ante América*, curated by Carolina Ponce, Rachel Weiss, and Gerardo Mosquera, which opened the Museum of Contemporary Art and Design in Costa Rica, he revealed in his keynote address that Aztlán was, in ancient times, distant from California to Panama, and that its territories were crossed or navigated by these peoples in their nomadic beginnings. So we will not stop that impulsive attitude and inheritance of the inhabitants of this continent that pushes them to search for a sun that warms better, a better soil with abundant humus for corn and squash, abundance of water and gifts given to us by the giving or parturient mother we call Pachamama, who inhabits the cave or womb of the world beneath the mountain ranges and groves that cross its earthy cartography like the painting of Eliel David.

It is remembered in the original worldview of this territory that the indigenous people symbolized it with a spiral of continuous movement, like a serpent coiled around its very path, ready to unleash venom when attacked, as is the case today, and by such deplorable floods, landslides, climates, hurricanes, droughts, earthquakes, and global warming.

Testimonial Materiality

Aztlán, a land surrounded by water. A liquid that abounds on the planet, islands, islets, archipelagos, fruits of the sea and the soil, shells (which remind me of the zero in Mayan numerology) and mollusk carapaces, the hard stone of the Cosmos, materials of art from all times but without time, while the artist lives in a non-temporality, perhaps more rhizomatic or fractal, more emotional, impulsive, and undeterred by those games of neo-hegemonic and filibustering power, disguised as a seller of technology and junk food.

A New Sun

Sun that warms after the cold dawn, wet from the waters they have to cross. Sun that illuminates the day of the migrant and worker of this land “for a few dollars more.” All of us, fellow countrymen, travelers who possess a different color, but ours, a diverse timbre, but audible and bearer of our national slang and vernacular languages, an aroma of crispy, freshly kneaded and hoe-fried tortillas, or the sacred grain chocolate of the Mayans, Nahuatl, Mexico, Olmec, Zapotec, Mistec, and Toltec, for a breakfast that recharges us with energy when the grinder shakes it in the clay bowl or in the gourd.

All of these are the colors of Eliel; the aromas of corn soup or pozole, of atole, guacamole, of horchata with chunks of fruit and nuts from the Oaxacan food market; from the flavors of mole made with pepper ground on a stone metate along with cacao beans and other spices; from the tortilla for mamelas and the enormous tlayudas, textures of peanuts and other native nuts.

Organic Abstraction as Language

Eliel's art, mostly abstract, is what most anchors me to expressing this comment. It moves me to feel it because it revives the sound of the boiling mineral waters in "Hi-erve el agua" (Water Boils) high in the Sierra Madre Occidental, whose limestone self-sculpts winding waterfalls on the cliff.

It evokes for me the color of the molejón stone with which the Zapotecs built Monte Albán, a summit city near Oaxaca and which protects it, intoning the symphony of the harmony of the relationships of proportionality or sacred geometry, of the door of No time, of NO space, where the dimension of the cosmos is crossed there in Midtla, door to the harmony that the cultures of Meso-america saw, contributing the algebraic plenitude where each equation becomes a hymn to plenitude, poetics of abstraction that is in the terrestrial stratifications and that our native peoples reinvented. It was not Malevich or El Lissitzky, Riedvel or Mondrián, it was our weavers and textile makers of the native peoples before colonization and the builders of plazas, temples and pyramids who invented this grammar of the primordial language and metaphor into which this young Eliel immerses us with his painting.

Symbolic Jargon Character

But Eliel's abstraction is anything but geometric; it is the leaves of plants and the great sacred tree, the Ceiba pentandra, juxtaposed or superimposed, composing flows of light and color, reaffirmed by twisted lines like fragmented and shredded toroidal structures,

like strands of black pigment broken to reaffirm their power, while still appreciating the tectonics of the terrain, the flight of the eagle, and the purifying waters. I am drawn to comment on his three-dimensional proposals: soft abstract sculptures of superimposed fabrics, spaces violated by coyotes, and walls of apathy planted along the path of our peoples' timeless quest, searching for themselves by tracing their origins. And returning to the migrants, we cannot fail to keep in mind in this look at the symbolic imagery and marine bestiary brought by the Huave Mero Icoot peoples, who settled in the Isthmus of Tehuantepec, after migrating from the remote jungles of Nicaragua and Greater Nicoya on the southern Mesoamerican border. (<https://www.gob.mx/inpi/articulos/etnografia-del-pueblo-huave-mero-ikooc>). Meanwhile, other peoples moved in the 9th and 10th centuries from central Mexico to populate that great region, Guanacaste in Costa Rica, the Jícaro Valley, bringing polychrome ceramics, the figure of Quetzalcóatl, gold jewelry, stones such as jade, but also human bones and those of marine creatures in their ritual and ceremonial clothing.

To conclude

Returning to Eliel's chromatics, and with this I close this reading or reflection on his art, I say that it evokes the color of clay, of earth, fired at high temperatures in kilns built with ancestral techniques.

That chromatics reminds me of the flavor of the coffee and coconut waters of Güilapán de Guerrero, or the prickly pear fruit ice creams with burnt rice from

La Soledad Square or the entrance to Mldtla. Everything is color, everything is flavor, everything is smell, everything enters through the eyes and becomes theories of perception, Gestalt art, painting, sculpture, installations with fabrics, threads, looms, liquid bodies like current thought that gravitates with the wind, that appears or disappears like the flowers of dawn and their transparency when the sun rises. All of this is the art of Eliel David Martínez, depicting a Mesoamerica permeated by the creativity and emotion of the children, grandchildren, great-grandchildren, and great-great-grandchildren of time and of this earthly heritage surrounded by water: Az-tlan (the founding heritage, as depicted by the tlacuilo in the Volturini Codex), with many volcanoes, lakes, estuaries, and/or lagoons in whose jungles the prickly pear stands and the eagle perches with a viper caught by the edge of its claws.

LFQ. July 2025

Eliel David
“Muri e Volpi” (Muros y zorros)
Arte & Rebelión





Juego de flamas con el viento de una tormenta, oil and acrylic on canvas, 69.5 x 69.5 cm, 2024



ajo de gengibre, chocolate y fresa, oil and acrylic on canvas, 69.5 x 89.5 cm, 2024



Banderas de papel picado flotando sobre un canal de Venecia, oil and acrylic on canvas, 69.5 x 69.5 cm, 2004



Rapsodia sobre el ingrediente perfecto, oil and acrylic on canvas, 120 x 90 cm, 2024



Ser noche
mixed technique, installation
205 x 130, 65 x 45 x 26 cm



Quien anda con coyotes
Oil and acrylic on canvas
200 x 170 cm



Zorro mal diseccionado
Oil and acrylic on canvas
160 x 120 cm
2023



Pallazzo
Oil and acrylic on canvas
100 x 150 cm
2023















"Ni crudo ni cocido" (Neither Raw nor Cooked), acrylic on assembled cotton canvas and raw fabrics, 280 x 245 cm, 2022.



"Madrugada con gabán" (Dawn with Overcoat), acrylic on assembled cotton canvas and raw fabrics, 280 x 145 cm, 2022.



Overview of the exhibition "Sottosopra" (Upside Down), Ethra Gallery, Mexico City, Mexico, 2022.





Vivir es recordar, recordar es vivir, oil on canvas, 213x150 cm, 2023



Siempre locos, nunca tristes
 (Always Crazy, Never Sad)
 Oil and acrylic on canvas
 112 x 84.5 cm, 2023.

MUSEO de POBRE
& TRABAJADOR



colectivo de arte

